

2110

LA ARGENTINA DEL TERCER CENTENARIO



Colección Biblioteca Popular del BICENTENARIO

conabip

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Secretaría de Cultura
Presidencia de la Nación



200 AÑOS BICENTENARIO ARGENTINO

Autoridades

Presidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Secretario de Cultura de la Nación

Jorge Coscia

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Presidenta

Lic. María del Carmen Bianchi

Secretario

Lic. Martín Cáneva

Vocales

Ángela Signes

Gladys del Carmen Cisterna

Sonia Annabel González

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Ayacucho 1578 (C1112AAB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

4511-6275 | 4511-6276 | 0-800-444-0068 | www.conabip.gob.ar

★ 2110 ★
LA
ARGENTINA
DEL
TERCER
CENTENARIO



Colección Biblioteca Popular
del BICENTENARIO

conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Secretaría de
Cultura
Presidencia de la Nación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

2110 : la Argentina del Tercer Centenario / con prólogo de Ricardo Piglia. - 1ra ed. -
Buenos Aires : Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, 2010.
168 p. ; 28x20 cm. - (Biblioteca Popular. Bicentenario)

ISBN 978-987-1696-05-5

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Piglia, Ricardo, prolog.
CDD A863

Libro de distribución gratuita

Coordinación general:

María Julia Magistratti

Coordinación editorial:

Esteban Gutiérrez

Diseño y diagramación:

Laura Rovito

Ilustraciones:

Pablo Bernasconi

Colaboraron especialmente con esta edición:

María Laura Ferrá, Mayte Galdoni, Silvana Lánchez, Paola Toriano, Lorena Vega, Alejandra Mendé, Jorge Ribelli, Agustín Moretti, Giselle Furlong, Cecilia Vaillant, Fernando Pérez, Ignacio Riccardi, Adriana Hidalgo Editora y Fundación El Libro.

Obra Registrada en la Dirección Nacional
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-05-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

Índice

Presentación	7
Prólogo de Ricardo Piglia	11
2110: la Argentina del Tercer Centenario	
Jorge Accame / <i>Lombok</i>	23
Ariel Bermani / <i>Nombres de Calles</i>	29
Oliverio Coelho / <i>El traidor</i>	33
Marcelo Cohen / <i>Fanni, Myra y el sociólogo</i>	41
Pablo De Santis / <i>El intercesor</i>	47
Jorge Di Paola / <i>El arte del espectáculo</i>	53
Juan Forn / <i>Así</i>	61
Elvio E. Gandolfo / <i>Pegando la vuelta</i>	65
Angélica Gorodischer / <i>Un domingo de verano</i>	71
Daniel Guebel / <i>El sentido de la patria</i>	79
Luis Gusmán / <i>Los bomberitos</i>	85
Juan Diego Incardona / <i>Viaje al fin del conurbano</i>	93
Federico Jeanmaire / <i>San Carlos</i>	99
Martín Kohan / <i>Argirópolis</i>	105
Alberto Laiseca / <i>Argentina: tercer centenario</i>	111
Guillermo Martínez / <i>Infierno grande</i>	117
María Moreno / <i>El parto</i>	125
Sergio Olguín / <i>Pasko y Julietta</i>	135
Claudia Piñeiro / <i>La trescientos noventa</i>	143
Federico Romani / <i>Fases del invierno</i>	153
Sara Rosenberg / <i>Garúa</i>	163



¿Cuál es el sonido de un cerebro cuando dos palmas aplauden sobre la caja craneana? Pasados los sesenta años, los maestros zen sólo se dejan fotografiar después de haberse maquillado. Líneas negras sobre las arrugas para subrayar la profundidad que traza el surco del tiempo. Mi madre en cambio adoraba los mundos de superficie. Los fines de semana de principios de los años sesenta, me llevaba a la feria del barrio. Yo iba montado sobre el changuito, en realidad adentro de la bolsa, como un canguro. La feria condensaba lo moderno de la época y su variedad –licuadoras, productos alimenticios en paquetes amarillos, matamoscas de alambre, cortinas de plástico multicolores (el arco iris de los pobres)– pero también lo que continuaba idéntico desde el medioevo, los productos del campo. Mi madre iba allí de compras, pero por supuesto su principal interés era el de enterarse y transmitir las novedades del barrio, formar parte de la circulación de lo anecdótico que durante esos instantes la arrancaba de las grisuras de la cotidianidad, aunque esos relatos se construyeran precisamente en base a esa materia, sólo que extractada y lanzada al infinito modesto de la hipérbole, para su mejor lucimiento. Nacimientos, incendios, celos, mudanzas, asesinatos, votaciones, muertes, violaciones, progresos, incestos. Todo entraba dentro de la masa informe de las conversaciones que se sucedían o interrumpían a medida que íbamos avanzando, de acuerdo al interés particular de mi madre en relación al tema que se estaba tratando, y también a la posibilidad física y sonora de continuar la conversación, porque lo cierto era que la feria estaba siempre repleta de mujeres que aceleraban o demoraban el paso y se detenían para cruzar palabras con los vendedores o con las otras compradoras. Desde el rumor de las mañanas, cuando cada palabra rebota discreta contra los adoquines, las voces se alzaban hasta el trueno de los mediodías. Al charlar aunque fuera por un instante, ingresaban su propia burbuja a la principal, una pompa de jabón que estallaba en el aire en decenas de fragmentitos brillantes y que después se recomponía con nuevos interlocutores, y así una y otra vez hasta el atardecer. Luego, cuando los feriantes levantaban sus cosas y la feria empezaba a vaciarse, las voces se aquietaban, las iba lavando el rocío.

Claro que mi presencia también moldeaba esos recorridos. A partir del momento en que la acumulación de productos adquiridos me obligaba a desocupar el changuito y a seguir el recorrido de a pie, yo empezaba a hacer pesar mi criterio respecto de ciertos puestos. No me gustaban,

por ejemplo, aquellos donde vendían artículos de bazar. Me molestaban las pinturas de las tazas y teteras de porcelana, esos dibujos de chinos falsos pintados en tonos predominantes rosas que se desintegraban al primer enjuague, pero sobre todo me molestaba el olor de las ollas a presión de aluminio –gran novedad de la época–, los cubiertos de peltre y de las jarras de loza vitrificada, pero sobre todo no soportaba al dueño del puesto, la obscena ostentación de una masculinidad en medio de lo que él imaginaba como un coto de caza privado, su harén de mujeres-clientes. Para atraerlas, no le alcanzaba con vocear las bondades de sus productos, sino que hasta en pleno invierno atendía vestido con un pantalón de sarga y una camiseta de algodón muy ajustada a los bíceps y algo corta, de modo que los vellos escapaban por todas partes, se arremolinaban en su vientre, se hundían en su ombligo, le brotaban en el pecho, ascendían por el cuello y trepaban por la espalda. En su figura que bordeaba la ridiculez de lo operístico yo veía la amenaza de un peligro latente. En el bosque de horrores imaginarios que constituye el infierno de toda infancia, yo temía que ese orangután excitado pudiera de algún modo cautivar a mi madre, apartarla de los lazos familiares, llevársela para siempre. Por supuesto, que yo sepa, él jamás le había prestado atención en particular, ni mi madre solía demorarse en su cercanía. Ni siquiera estoy seguro de que se hubieran saludado alguna vez o que ella siquiera hubiese reparado en sus cachivaches. Pero el mal alentaba allí, habitaba las capas bajas del aire; era una exudación de los vicios de la adultez, cuya naturaleza aún se me escapaba pero cuyos riesgos mi temor preveía con exactitud, así que, apenas mi madre se estacionaba en las inmediaciones de la bestia, y eso sólo porque aparentemente quería evaluar la frescura de lo que se ofrecía en el puesto lindero, de frutas y verduras, yo la tironeaba del brazo, pequeños sacudones como los que proporciona una corriente de baja intensidad, más molestos que dolorosos. Bastaba con que la fastidiara durante algunos segundos para que mi madre interrumpiera lo que estuviese haciendo y avanzara algunos metros, como si intuyera que bajo mi capricho aparente existía un motivo valedero, la detección de un riesgo. No digo que ella lo supiese de manera explícita; al menos, a mi edad yo habría sido incapaz de manifestárselo claramente, pero la comunión entre un hijo y su madre es casi perfecta hasta el momento en que la adultez viene a interrumpir esa comunión primordial. Preparándose para ese momento inexorable, ella jamás entró a mi cuarto a darme el beso de las buenas noches. Esa costumbre o vicio no formaba parte de los hábitos de nuestra vida en familia, al punto de que fui educado para mantenerme siempre a distancia de los contactos físicos estrechos.

Sin embargo, cuando llegaba el momento del recorrido por la feria, tal principio se veía abolido súbitamente y sin ninguna explicación, y cualquier vecina, por el simple hecho de conocernos de vista, podía inclinarse y

saludarme con un beso, sin que mi madre obrara el menor gesto en mi defensa. Al principio, perturbado por esa especie de duplicidad que se había abierto entre enseñanza y comportamiento, yo apenas atinaba a apartarme con un sacudón de cabeza –un gesto instintivo de defensa ante la aparición de un adulto que se abalanza sobre él. Desde luego, mi desplazamiento no era tan aparatoso como para evitar que el propósito de la vecina se cumpliera. De alguna forma, la invasora siempre se las arreglaba para besarme, apoyando sobre mi mejilla su trompa elefantiásica o sus labios como un tajo fino (si acertaba a concertar las respectivas trayectorias de nuestros balanceos trazando con ojo clínico la perspectiva de las líneas imaginarias que determinarían nuestro punto de encuentro en el espacio), o en mi nuca o cuello si resultaba de movimientos más lentos o más torpes o carecía del entrenamiento adecuado para asediar a una criatura esquivada. También había otras alimañas barriales, las peores, las que, fingiendo una inhabilidad suprema, producto de sus artrosis múltiples, de sus desviaciones de columnas, acortamientos de caderas, pinzamientos de cervicales o desplazamientos lumbosacros, solapaban su intención con una serie de sacudones semejantes a las de una babosa que se retuerce en la escaldadura antes de disolverse en la sal, y terminaban aplastando su boca contra la mía.

Cuando crecí, aunque seguía acompañando a mi madre a la feria por una curiosidad que ya no se relacionaba con sus motivos, traté de librarme de sus babas. Cada vez que las obligaciones sociales nos obligaban a detenernos, yo me volvía de espaldas, como si estuviera interesado en la mercadería de un puesto próximo. Sin embargo, algunas arpías no resistían la tentación de acariciarme el lomo, alternando ese manoseo con golpecitos de afecto propios de un pariente, que sólo servían para encubrir sus intenciones, que por supuesto jamás cumplirían en el curso de sus vidas, y mucho menos en el ámbito comunal de una feria de barrio y delante de mi propia madre. Así que debían contentarse con eso, que aún en su escasez resultaba demasiado para mi tolerancia, cuando, a cambio de mi trabajosa indiferencia hubiese querido romperles las jetas, hundiéndoles los cartílagos nasales contra la concavidad posterior de la caja craneana y aplastándoles de paso los cerebros esponjosos y vacíos. El asco. Ese asco que me impregnaba y del que nunca podré lavarme. Esas viejas inmundas, con olor a meo añejo brotando de sus cachuchas rancias. Viejas con las ventosas pintadas con rouge intenso y fuerte y pegajoso, viejas que se morían de ganas de chuparme todo, lamermelas partes, por delante y por detrás, y devorarme luego.

La fealdad del mundo. La fealdad del mundo que consume su obra y se desploma sobre mí como una mala lluvia, con sus alas verdinegras. El frío de las mañanas, cuando camino hacia el colegio, con los restos del desayuno subiéndome como una bola de fuego ácida por el esófago. Las

cuadras sucias de barro y escarcha, las ventanas bajas y enrejadas, las flores mustias alrededor del enano de jardín que alza su carretilla de cemento, el perro inclinando el cuarto trasero para soltar su gusano de mierda. El sonido de las campanas, llamando los domingos a misa, y el frío de esa salvación suministrada en latín a través de los altoparlantes. El rezo rebota contra los vidrios sangrantes, espanta a las palomas. *In tenebrae, ora pro nobis*. La horrible arquitectura de los suburbios, un lenguaje que diseña las vidas desde el nacimiento. Después de eso, ¿qué esperar? En lugares como aquellos, uno ya sabe de antemano que cualquier cosa que emprenda y cualquier cosa que desee le llegará empobrecida y degradada, las mejores mujeres serán de otros, otros vivirán los sueños de felicidad que nos estaban destinados, otros llevarán mejor que uno el curso de las pasiones por las que hubiésemos dado la vida.

De todos los momentos, también había momentos dichosos. Se sabe que las familias de inmigrantes pobres fundan su idea de felicidad en la preservación de la vida. Y como no hay dinero para ir al médico sólo queda mantenerse vivo tragando comidas saludables y (en la medida de lo posible) abundantes. Me crié a fuerza de sopas de gallina, que se hervía íntegra en grandes ollas, a conciencia, para que el cuerpo muerto fuera soltando en el hervor las sustancias alimenticias y salutíferas, desliendo sus vitaminas y proteínas y calorías de la materia carnosa y diseminándose en el caldo denso. El pollo se metía entero, pero antes se trozaba en partes pequeñas, porque otra idea de la época era que el cuerpo muerto era un compuesto que sólo en un estado próximo a la desintegración liberaba todas sus virtudes, las que, puestas a fuego lento, se mezclaban con las de las legumbres y verduras que lo acompañaban, al tiempo que recibía las de sus compañeros de cocción. El cocido resultante era una constelación de lamparones de grasa amarilla, coágulos de mérito alimenticio, que brillaban en la superficie, algunas veces atravesadas por islotes sobrevivientes de una inundación, árboles secos: las garras de la gallina hervida, que emergían desde el fondo. Garras sobrecogidas por el dolor del momento final, se las veía curvas, las uñas negras de la roña de esos baldíos donde cada una de las bestias supo buscar su alimento, y que por obra de un beneficio simpático seguía allí presente y presidiendo el hervor, las uñas negras de una tierra que también es alimento. Mentiría si anotara ahora que aquello me daba cierta repulsa. Al contrario, la perduración, el testimonio de lo bestial, me unía de alguna manera con aquel pasado remoto del que todos procedemos en la cadena de las generaciones. Así como la gallina supo ser dinosaurio, y el dinosaurio emergió algún día de las aguas, nosotros, que fuimos simios, conocimos antes la condición de pez. Tomar esa garra como una presa, morder con fruición el músculo donde nace la pata, era, de alguna forma, como ir

hacia atrás en el tiempo, fundirme en ese infinito de indiferenciación donde termina lo diverso, hasta masticar y tragarme el sentido mismo de la patria.